

Médicos Sin Fronteras y el CICR: cuestiones de principios

Rony Brauman

Rony Brauman nació en 1950 y es médico, diplomado en epidemiología y medicina tropical. Después de trabajar varios años como médico en el terreno, fue nombrado presidente de Médicos Sin Fronteras en 1982, cargo que ocupó hasta 1994. En la actualidad, es director de estudios de la Fundación Médicos Sin Fronteras, profesor adjunto en el Instituto de Estudios Políticos (IEP) de París y director del "Humanitarian and Conflict Response Institute" (HCRI), Universidad de Manchester (Gran Bretaña). Es cronista para la revista trimestral *Alternatives Internationales*.

Palabras clave: principios humanitarios, neutralidad, independencia, imparcialidad, Biafra, Siria.

¿En qué se distinguen y en qué se asemejan Médicos Sin Fronteras (MSF) y el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR)? La pregunta fue planteada por el redactor jefe de esta revista, es decir un colaborador de la Cruz Roja, pero es una cuestión que se discute con regularidad en MSF, por lo que la pregunta también la podría haber formulado un miembro de esta organización a uno del CICR. Sobre todo porque, desde principios de los años 1990, las dos organizaciones se encuentran con frecuencia en situación de estrecha colaboración, especialmente en las ciudades en guerra; sus planas mayores se reúnen regularmente, sus miembros hablan hoy el mismo lenguaje y comparten las mismas intolerancias, particularmente en el ámbito de las relaciones entre organismos humanitarios civiles y actores militares. En suma, su vocación "dunantista"—innata para una, adquirida para la otra— las acercaría al punto tal que se volvería difícil e incluso superfluo establecer su(s) diferencia(s), pues lo esencial residiría en sus puntos de contacto. De eso voy a hablar en las líneas que siguen, no sin antes precisar que no voy a

entrar aquí en el aspecto concreto de los socorros, que para MSF se limita esencialmente a la atención médica, mientras que para el CICR abarca muchos otros aspectos, lo cual volvería muy delicado cualquier intento de evaluación cruzada de la acción de conjunto de ambas organizaciones. Me concentraré en sus elecciones operacionales en las situaciones de conflicto, los principios subyacentes y la expresión pública de estos y señalaré, al pasar que, contrariamente a lo que ocurre en el CICR, el trabajo en contextos de guerra no representa más de un tercio del conjunto de las operaciones de MSF. Esta delimitación del campo de la comparación permite reflexionar acerca de los discursos y las prácticas de ambas organizaciones en situaciones análogas. Y plantea también una mayor dificultad de análisis, a causa de la gran diferencia de sus estructuras. En efecto, el CICR se caracteriza por un discurso público unívoco. Sus llamamientos y sus declaraciones están claramente firmados por el “Comité International Genève”, según la fórmula que figura en los emblemas, mientras que no ocurre lo mismo en MSF, compuesta por cinco secciones nacionales llamadas “centros operacionales”¹, de las que dependen las distintas “secciones”. Cada organización tiene su historia y su estructura—su cultura, en suma— y no faltan los desacuerdos entre ellas —y dentro de cada una—, lo cual vuelve más complejo y delicado, aunque no imposible, tratar MSF como una entidad homogénea. De modo que este artículo no es la expresión de una doctrina compartida, sino de algunas reflexiones que atraviesan el conjunto del movimiento de MSF, sin pretender representarlo.

El mito de Biafra

Es sabido que MSF se creó como reacción a la obligación de silencio que se comprometía a respetar el personal de la Cruz Roja Francesa que trabajaba bajo la égida del CICR durante la guerra de Biafra (1967-1970) y al rechazo del principio de neutralidad que los médicos franceses consideraban una complicidad pasiva con el Gobierno nigeriano, acusado por sus adversarios de cometer un genocidio. El silencio general, y en especial del CICR, frente al exterminio del pueblo judío bajo el III Reich constituía el telón de fondo de esa acusación. “Yo había firmado, fui perjuro. En cuanto regresé [de Biafra] a Francia —escribe Bernard Kouchner²—, creé un ‘Comité contra el Genocidio en Biafra’. Mi razonamiento era simple. No quería repetir el error del CICR que, durante la guerra de 1939-1945, no había denunciado los campos de concentración nazis. Esa es la génesis de Médicos Sin Fronteras y de Médicos del Mundo”. B. Kouchner describe en esas líneas la razón de ser del “testimonio humanitario”, problema moral, palabra activa, llamado a la movilización. Había que emanciparse de una organización que, limitada por sus restricciones diplomáticas, reproducía “la falta” cometida durante la Segunda Guerra Mundial³. Hablar, denunciar, tomar partido por las víctimas en contra de sus asesinos: esa sería

1 París, Bruselas, Ginebra, Ámsterdam y Barcelona, por orden de creación.

2 Bernard Kouchner, *Charité Business*, ed. Le Pré aux Clercs, París, 1986, p. 217.

3 Favez, Jean-Claude, con la colaboración de Geneviève Billeter, *Une mission impossible? Le CICR, les déportations et les camps de concentration nazis*, Editions Payot, Lausana, 1988.

la línea del nuevo compromiso humanitario encarnado por MSF, creado en 1971, en ruptura con la “cultura del silencio” impuesta por la Cruz Roja.

La historiadora Marie-Luce Desgrandschamps ha mostrado cuánto le debe este relato a la reconstrucción retrospectiva y ha destacado especialmente que los artículos publicados por los médicos franceses habían tenido muy buena recepción en Ginebra y que el CICR incluso había pedido autorización al periódico *Le Monde* para reproducir largos fragmentos de uno de ellos en la *Revista Internacional de la Cruz Roja*, lo que tuvo lugar en enero de 1969⁴. Es cierto que allí Bernard Kouchner y Max Récamier describían con elocuencia los horrores de esta guerra y el duro trabajo de los voluntarios humanitarios, pero sin acusar al Gobierno nigeriano. Algunos de esos médicos consideraban que había que ir más lejos y denunciar las atrocidades cometidas por las tropas federales, mientras que otros se inclinaban por recordar más diplomáticamente a las autoridades gubernamentales los compromisos que habían contraído. En realidad, indica Marie-Luce Desgrandschamps, la línea que los separaba no pasaba “únicamente entre los pocos médicos franceses y el CICR, sino más bien entre el personal del Biafra y el personal responsable del conjunto de la gestión de la operación, en el seno mismo del CICR”. La publicación por este último del artículo de *Le Monde*, como el regreso ulterior de sus signatarios a Biafra—siempre con la Cruz Roja— prueba que las tensiones estaban lejos del punto de ruptura descrito años más tarde.

No obstante, el mito de una denuncia que condujo a una ruptura con la Cruz Roja, de la negativa a consentir en el silencio frente al supuesto genocidio del pueblo de Biafra, se impuso como relato de los orígenes. No en ese momento, de hecho, sino a fines de los años 1970, cuando la acción humanitaria y sus portavoces empezaron a despertar el interés de los medios de comunicación, e incluso a salir en las primeras planas. Fue solo entonces cuando se volvió *la* marca distintiva de MSF⁵, tanto para sus miembros como para la prensa: “Ir [al rescate de las víctimas] es una acción humanitaria; denunciar a sus verdugos sigue siendo una acción militante. Ese cóctel da todo su valor a MSF”, decía el editorial de *Le Monde* el día en que se anunció que se otorgaba el premio Nobel de la Paz a MSF, en 1999⁶. Contrariamente a todo lo que se dijo y se escribió acerca de ese premio Nobel, señalemos que la noción de “injerencia humanitaria” nunca se mencionó en relación con Biafra. Esta fórmula (firmada por Bernard Kouchner) databa de los años 1980 y había sido creada para designar el “derecho” a cruzar clandestinamente las fronteras que se tomaban algunos médicos humanitarios para penetrar en determinadas zonas de guerra de acceso prohibido. En cuanto a la acusación de genocidio, comprensible

4 Marie-Luce Desgrandchamps, “Revenir sur le mythe fondateur de Médecins sans frontières: les relations entre les médecins français et le CICR pendant la guerre du Biafra (1967-1970)”, en *Relations Internationales*, n.º 146, abril-junio 2011, accesible en: <http://www.cairn.info/revue-relationsinternationales-2011-2-page-95.htm>.

5 Para un análisis detallado de los mitos fundadores de MSF, v. Rony Brauman, “Les liaisons dangereuses du témoignage humanitaire et de la propagande politique”, en *Crises extrêmes, Face aux massacres, aux guerres civiles et aux génocides*, Marc Le Pape, Johanna Siméant, Claudine Vidal (dir.), La Découverte, París, 2006, accesible en: <http://www.msf-crash.org/publications/#article99>.

6 “La cause des victimes”, editorial, *Le Monde*, 17 de octubre de 1999.

a la luz de las atrocidades cometidas por el ejército federal, sabemos que se trató principalmente de un instrumento político, una palanca de movilización en favor de la independencia de Biafra. De modo que lo que entonces se llamó “testimonio humanitario” pertenece al registro de la “acción psicológica”, es decir, en términos más prosaicos, a la propaganda de guerra.

¿Es decir que, como ese episodio fue, en el mejor de los casos, un malentendido y, en el peor, una manipulación política, una vez deconstruido el mito, MSF terminaría admitiendo las razones de la Cruz Roja y se definiría como su retoño médico? No, pero la pregunta se plantea constantemente, como demuestra la continuación de la historia de MSF, en la que la declaración pública y la denuncia son a la vez una constante afirmación de la organización y una piedra con la que ha tropezado internamente a lo largo de toda su existencia. Así pues, la carta magna adoptada por MSF en el momento de su creación indicaba en su segundo párrafo: “Al actuar en la más estricta neutralidad y una completa independencia, absteniéndose de todo tipo de intromisión en los asuntos internos de los Estados, de los Gobiernos y de los partidos en cuyo territorio desarrollan sus actividades...” y, como para despejar cualquier duda, reafirmaba en su cuarto párrafo que MSF “se abstiene de formular un juicio o de expresar públicamente una opinión —favorable u hostil— respecto de los acontecimientos, las fuerzas y los dirigentes que han aceptado su ayuda”. No podríamos encontrar una formulación mejor fundamentada que condene las posiciones adoptadas por algunos de los fundadores, de los cuales solo una pequeña mayoría había trabajado en Biafra. Sin duda, se trataba de dar muestras de confianza por adelantado a los Gobiernos de los países en los que la joven asociación se proponía actuar. Al no haber sido fundador de MSF y no haber podido encontrar rastros de debates entre estos, nos es imposible dar cuenta con certeza de las razones que motivaron la adopción de esas disposiciones. De todos modos, con esa carta magna, MSF se inscribía en la tradición de la ayuda humanitaria silenciosa, enteramente volcada a la asistencia médica, de la que no habría renegado el CICR, institución que seguía siendo, a fin de cuentas, la principal referencia de los miembros de MSF. A continuación, veremos que MSF ha escrito su historia en una constante tensión, vigente incluso hoy en día, entre la aspiración a un discurso público fuerte y una discreción más favorable a las buenas relaciones con los poderes políticos.

¿De qué estamos hablando?

En un artículo titulado “Speaking out or remaining silent”⁷, el antiguo presidente del CICR Jakob Kellenberger recuerda que, para cumplir su objetivo exclusivo de prestar protección y asistencia a las víctimas de los conflictos armados, el CICR debe asegurarse de que su presencia sea aceptada por todas las partes, condición indispensable para cumplir su misión en todo el mundo. Agrega que el CICR no se abstiene de comentar públicamente determinadas situaciones, pero

7 Jakob Kellenberger, “Action humanitaire: parler ou se taire?”, en *International Review of the Red Cross*, septiembre de 2004, vol. 86, n.º 855, pp. 593-609.

debe evitar todo tipo de condena unilateral o demasiado explícita de una de las partes. Tomando en consideración el hecho de que el CICR puede entonces ser acusado de ayudar a mantener una imagen aceptable de los opresores, Kellenberger señala que la acción de numerosas organizaciones defensoras de la promoción pública vuelve caduco ese argumento y dispensa al CICR de revisar sus prioridades. Se ha de reconocer que, en muchas situaciones, MSF no procede de otra forma y a veces llega, incluso, a renunciar por escrito a cualquier manifestación pública no aprobada antes explícitamente por las autoridades gubernamentales, como ocurrió en Sri Lanka cuando se produjo el ataque del Gobierno contra los Tigres de Liberación de Eelam Tamil de enero-abril de 2009 que terminó con la eliminación de los separatistas y la muerte bajo las bombas de decenas de miles de civiles. Decidido a ejecutar su ofensiva final a puertas cerradas, el Gobierno había prohibido el acceso a las zonas de combate a todas las organizaciones humanitarias con excepción del CICR, único autorizado a acceder para evacuar a los heridos por vía marítima. En ese contexto extremo, MSF aceptó, según declaró la presidenta de su sección francesa, “acumular los renunciamentos [a manifestarse acerca de las masacres y los campos], con la esperanza de que el orden de la guerra total fuera sucedido por otro donde hubiera lugar para la acción humanitaria”⁸.

Este artículo no se propone restituir el sinuoso trayecto de las diversas posiciones y controversias públicas ni de las tensiones que suscitaron⁹. Tras recordar que la reivindicación de un discurso crítico, incluso denunciatorio, constituye junto con la práctica médica en situación de crisis la “firma” de MSF —lo que la aleja *de facto* del CICR—, nos interrogaremos más bien acerca de la interpretación de los principios comunes de ambas organizaciones y del “dunantismo”, que MSF también reivindica y que acerca a ambas organizaciones¹⁰. La razón por la cual varios de los fundadores de MSF se preguntaron sobre la pertinencia de la neutralidad del CICR reside finalmente, como demuestra Marie-Luce Desgrandschamps¹¹, en su apoyo político a la causa independentista de Biafra, posición con la que sus sucesores ciertamente no se identifican. Estos también rechazan, como sus predecesores, un “apolitismo” humanitario amparado en un estricto principio de neutralidad que les impediría expresar públicamente cualquier opinión que pudiera interpretarse como partidaria de alguna u otra posición. Naturalmente, la confidencialidad del CICR no es un voto de silencio: el CICR se expresa públicamente, pero lo hace sobre todo a través de llamamientos a las partes beligerantes para que respeten sus obligaciones convencionales. A veces, puede dirigir la atención a atrocidades que están cometiéndose, designando indirectamente a los culpables, pero sin

8 Introducción de Marie-Pierre Allié en *Agir à tout prix? Négociations humanitaires: l'expérience de Médecins Sans Frontières*, Claire Magone, Michaël Neumann, Fabrice Weissman (dir.), París, Ed. La Découverte, 2011 [traducción del CICR]. También v. Fabrice Weissman, “Sri Lanka. Dans la guerre totale”, *id.*

9 V. especialmente a este respecto Anne Vallaëys, *MSF. La biographie*, París, Ed. Fayard, 2004 y la serie *Prises de paroles publiques*, Laurence Binet (Ed.), MSF Internacional.

10 Comúnmente se distinguen las organizaciones “dunantistas”, como el CICR, MSF o Save the Children, que se distancian de los intereses del Estado, de las organizaciones “wilsonianas”, que consideran los valores estadounidenses y más generalmente los de los Estados democráticos como una fuerza benéfica.

11 M. L. Desgrandchamps, nota 4.

nombrarlos¹², como sucedió tras la masacre de Duékoué, en Côte d’Ivoire (marzo de 2011). De manera excepcional, durante la guerra de Darfur en 2004, por ejemplo, el CICR llegó incluso a señalar la responsabilidad específica de un Gobierno en la comisión de abusos masivos¹³. Es entendible que, como guardián y promotor del derecho internacional humanitario —como actor diplomático, pues—, el CICR se mantenga dentro de los límites que le otorga ese derecho, fortalecido, además, por la capacidad de acción que este le confiere de manera específica. También observamos que su presencia pública se ha intensificado durante las dos últimas décadas.

Rechazando, por su parte, toda obligación estatutaria de reserva, MSF modificó su carta en 1991: suprimió las líneas relativas a la “intrusión en los asuntos internos de los Estados” y prohibió la expresión pública de una opinión, para reemplazarlas por referencias a los principios de neutralidad, imparcialidad e independencia. Este ajuste de su texto fundador a las prácticas ulteriores que lo contradicen no libera a MSF de su palabra, a semejanza de las organizaciones de defensa de los derechos humanos. Al igual que el CICR, MSF prioriza la ayuda concreta en el terreno, a la que subordina otros eventuales objetivos. Sin embargo, se asigna el “derecho” de manifestarse públicamente en contra de las reiteradas violencias que presenciarían sus miembros y reivindica que puede revisar su presencia en el terreno cuando le parece que esta entra en el círculo mismo de la opresión¹⁴. Es lo que ha hecho, por ejemplo, la sección belga de la organización al denunciar la tortura practicada por las nuevas autoridades libias en Misurata en enero de 2012, las cuales solo esperaban que los médicos curaran a las víctimas para poder retomar los interrogatorios¹⁵. Más que la tortura en sí misma, practicada en muchos otros países donde interviene la organización, aquí MSF se negó a cumplir el papel de cómplice activo que permitiría optimizar los resultados de la tortura. Esta decisión suscitó, en contrapartida, una reacción del CICR bajo la forma de un *web update* en el que se destacaba la presencia de sus delegados en los centros de detención, lo que constituía una crítica indirecta de la posición de MSF¹⁶. La principal razón de tomar posición públicamente, lo que podría provocar el retiro o la expulsión de los equipos de MSF, es evitar convertirse en el brazo médico de una opresión, se trate de tortura, desplazamiento forzado de la población o hambruna: si no es posible impedir que se cometa un crimen, siempre es posible, para un actor

12 CICR, “Des centaines de civils tués à Duékoué”, comunicado de prensa, 1 de abril de 2011, disponible en: <https://www.icrc.org/spa/resources/documents/news-release/2011/cote-d-ivoire-news-2011-01-04.htm>.

13 J. Kellenberger, “Too little, too late for the victims of Darfur”, en *International Herald Tribune*, 30 de agosto de 2004.

14 El CICR también se reserva el derecho de emitir una condena pública con cuatro condiciones; v. “Las gestiones del Comité Internacional de la Cruz Roja en caso de violaciones del derecho internacional humanitario o de otras normas fundamentales que protegen a las personas en situación de violencia”, en *International Review of the Red Cross*, vol. 87, n.º 858, junio de 2005, disponible en: <https://www.icrc.org/spa/resources/documents/publication/p0893.htm>.

15 MSF, “Libye; des détenus torturés et privés de soins médicaux”, *msf.azg.be*, 26 de enero de 2012, disponible en: <http://www.msf-azg.be/fr/presse/libye-des-d%C3%A9tenus-tortur%C3%A9s-et-priv%C3%A9s-de-soins-m%C3%A9dicaux>.

16 CICR, “Libye: les souffrances et les dangers subsistent”, Point sur les activités, 16 de febrero de 2012, disponible en: <https://www.icrc.org/spa/resources/documents/update/2012/libya-update-2012-02-16.htm>.

externo, evitar participar en él. La historia de la asociación puede trazarse al ritmo de esas posiciones, que son producto del análisis de sus responsabilidades políticas más que del testimonio humanitario propiamente dicho: Camboya (1980), Etiopía (1985), Bosnia (1994), campos de refugiados ruandeses en Goma en la República Democrática del Congo (1994), guerra en la República Democrática del Congo (1996-1997), Corea del Norte (1999), Darfur (2005), Libia (2012) son algunos de los principales momentos de esa historia, para mencionar únicamente algunas situaciones de conflicto, puesto que MSF interviene en muchos otros contextos, además de las guerras¹⁷.

Principios de interpretación variable

Ninguna de estas posiciones está exenta de críticas; todas han sido objeto de discusiones internas y, a veces, de controversias públicas. Muchas veces se ha cuestionado su pertinencia, pero, sobre todo, la violación del principio de neutralidad. Para responder, observemos en primer lugar que, como no es posible determinar con exactitud el umbral más allá del cual el compromiso, siempre necesario para la acción, se vuelve comprometimiento, existe un gran riesgo de que permanezca en el estado de invocación ritual, y se ha de reconocer que el principio de *“first do not harm”* [primero no hacer daño] se ha convertido en una consigna ampliamente retomada en los foros humanitarios. Así y todo, tener siempre presente el riesgo de que su acción se vuelva en contra de aquellos a quienes debe ayudar es prepararse para protegerse de que esto pase; aceptar, por ejemplo, que en ciertos casos extremos abstenerse pueda ser preferible a actuar, traducción del principio hipocórico del *“primum non nocere”*, es darse primero los medios necesarios para negociar con las fuerzas beligerantes, o simplemente presionarlas, recurriendo, llegado el caso, a un cuestionamiento público. Agreguemos, en segundo lugar, que como la noción de neutralidad es más imprecisa e interpretable que la simple negativa a participar en controversias políticas, estas posiciones públicas no constituyen necesariamente en sí mismas una violación del principio de neutralidad. En efecto, la historiadora Irène Hermann nos recuerda que “en tiempo de guerra o de conflicto, la neutralidad puede designar la garantía de no padecer la violencia imperante y se asemeja, pues, a la *inviolabilidad*. De una manera menos traumática, comúnmente adopta un segundo sentido derivado y caracteriza entonces a aquellos que no pertenecen a ningún bando, como también lo hace la palabra *imparcialidad*. Por último, el concepto presenta numerosas analogías con la noción de *independencia* y se relaciona, de ese modo, con la posibilidad de tomar decisiones sin tener que referirse a una instancia superior¹⁸”. Si bien toda crítica pública contra un poder político puede ser calificada, generalmente por este y sus partidarios, de ruptura

17 V. “Silence, on soigne... un aperçu des prises de position publiques de MSF, de la guerre froide à la guerre contre le terrorisme”, en C. Magone, M. Neumann, F. Weissman, nota 8.

18 Presentación de Irène Hermann, “La Croix-Rouge et la neutralité”, coloquio de Friburgo “Action humanitaire et complexité”, 8 de mayo de 2009. Agradezco a la autora la transmisión de este texto no publicado. La cursiva es de la autora.

de la neutralidad “política”, podemos objetar con todo rigor que, al contrario, es la anuencia con el poder político lo que puede constituir esa ruptura.

Escribo estas líneas mientras la guerra hace estragos en Siria. Tras lograr instalar tres unidades de cirugía en la zona rebelde, sin obtener la autorización del Gobierno para trabajar ahí de manera oficial, MSF prosigue sus intentos por instalarse de manera legal a través de otra de sus secciones (la sudafricana), que no está presente en las “zonas liberadas”. En febrero de 2012, fundándose en los testimonios de los heridos sirios que atendía en Jordania, la asociación había denunciado que las autoridades oficiales utilizaban las instalaciones médicas para capturar a presuntos opositores¹⁹. Se puede argüir que semejante posición pública equivale a acusar a uno de los beligerantes y representa, pues, una violación del principio de neutralidad —¡otra más!—, como se puede esgrimir, por el contrario, que señala una infracción del principio de inviolabilidad de los centros de salud y que hacer pública la violación de un principio esencial no puede considerarse una violación de ese principio. Por su lado, el CICR lleva a cabo una importante operación de asistencia junto a la Media Luna Roja Árabe Siria en ese país, donde distribuye especialmente víveres y agua para más de un millón de personas. Actuar por intermedio de una Sociedad Nacional de la Cruz Roja o de la Media Luna Roja puede ser muy eficaz, como ocurrió en los momentos más duros de la guerra en Somalia, pero no deja de dar lugar a cuestionamientos en otras circunstancias, como el conflicto armado sirio. Si bien no cabe ninguna duda de que los miembros de las ramas locales de la Media Luna Roja Árabe Siria se esfuerzan por actuar en interés de las víctimas, sean quienes sean, no deja de ser cierto que este organismo, al igual que sus homólogos, se define como “auxiliar de los poderes públicos” y, por lo tanto, de las fuerzas armadas. Esto explica, en parte, la hostilidad que sufre de los grupos armados sirios (sin justificar, por supuesto, los ataques homicidas que algunos de estos grupos libraron contra empleados de la Media Luna Roja Árabe Siria) y nos lleva a preguntarnos, como también podemos hacerlo respecto de MSF en zona rebelde, sobre la imparcialidad de las operaciones de la Cruz Roja internacional en ese país. Como las observaciones relativas a las visitas a los prisioneros de guerra y los internados civiles conducidas por el CICR son confidenciales, es decir, que están reservadas a las autoridades, en este país como en otros, no podemos incorporarlas en nuestro análisis.

Sin dejar de reconocer que los bienes distribuidos son muy útiles, e incluso indispensables, para aquellos que los reciben, podemos preguntarnos si las prioridades de distribución se adecuan al principio de imparcialidad, puesto que estas, con esas limitaciones, no pueden corresponder a la escala de las necesidades vitales. Sin embargo, en este caso también tenemos que considerar cómo ha variado el sentido de esta noción aparentemente transparente y unívoca. En su reflexión sobre los principios de acción de las organizaciones humanitarias internacionales, la filósofa Jennifer Rubinstein pone justamente en evidencia la tensión entre dos objetivos igualmente humanitarios: por un lado, la prioridad que se da a las necesidades más urgentes;

19 “En Syrie, la médecine est utilisée comme une arme de persécution”, msf.fr, 8 de febrero de 2012, disponible en: <http://msf.fr/presse/communiqués/en-syrie-medecine-est-utilisee-comme-arme-persecution>.

por otro, la reducción al máximo del sufrimiento (“*prioritizing the worst off and maximizing harm reduction*”), dos maneras distintas de responder a las necesidades provocadas por una crisis, dos maneras de operar que no se excluyen sistemáticamente, en efecto, pero que en algunos casos pueden contradecirse y que se traducen por dispositivos operacionales diferentes²⁰. Así pues, MSF de Holanda formula claramente su prioridad de llegar “en toda situación a aquellos que han sufrido los mayores daños o que tienen necesidades más urgentes, antes que buscar el mayor impacto para la mayor cantidad de beneficiarios²¹”. En otras palabras, cuando los dos objetivos no son posibles en simultáneo, el primero prevalece sobre el segundo. Hallamos un orden similar de prioridades en Irak, donde MSF se concentra en los casos quirúrgicos complejos, mientras que la acción del CICR se extiende, más allá de sus acciones convencionales (prisioneros, desaparecidos) a rehabilitar la infraestructura (agua, electricidad) y a fortalecer las capacidades de producción agrícola.

El sentido político de la acción

Esas son las respectivas prioridades de MSF y el CICR en Siria que, no obstante, no se deben generalizar como si fueran representativas de orientaciones exclusivas. Al igual que sus homólogos, ambas organizaciones configuran sus diversos programas en función de una u otra de estas prioridades. No se trata aquí de juzgarlas moralmente, sino de señalar que, como hemos visto en otros aspectos en el caso de la neutralidad, la imparcialidad se presta a interpretaciones prácticas muy diferentes, e incluso opuestas, pero también fundadas en los objetivos generales de la acción humanitaria. Como las organizaciones humanitarias se ven obligadas, en toda situación, a elegir entre esas estrategias operacionales o a combinarlas, sería conveniente que las explicitaran—primero para ellas mismas—, pues si no terminan conformándose con esgrimir principios abstractos, normas jurídico-morales vanas que su acción no logra ilustrar bien. En el caso de Siria, la decisión del CICR de fundar su comunicación pública en un “diálogo constructivo” con el Gobierno—decisión que traduce la satisfacción, sin duda prudente y condicional, de su presidente tras reunirse con las más altas autoridades de Damasco— no puede sino acentuar el cuestionamiento respecto de su imparcialidad. En efecto, los Estados deben respetar la imparcialidad del CICR y de los actores humanitarios, pero al final son estos los que deben responder por sus decisiones. De hecho, los contactos con los rebeldes solo se mencionaron fugazmente en los comunicados y las declaraciones de prensa posteriores a la última visita del presidente de la organización a Damasco en septiembre de 2012. El fracaso, por razones de seguridad, de varias tentativas de enviar convoyes cruzando las fronteras destinados a las poblaciones controladas por la rebelión, así como la dificultad para identificar interlocutores creíbles dentro de esta, son las principales razones de la ausencia

20 Jennifer C. Rubenstein, “The Distributive Commitments of International NGOs”, en M. Barnett y T. Weiss, *Humanitarianism In Question: Politics, Power, Ethics*, Cornell University Press, Nueva York, 2008.

21 Médicos Sin Fronteras Holanda, *Middle-Term Policy, 1/2003-12/2005*, 5, 9, citado por J. Rubenstein, en M. Barnett y T. Weiss, nota 20, p. 229.

del CICR en las “zonas liberadas” sirias²², puesto que el CICR ha afirmado la tenaz voluntad de llegar al conjunto de las víctimas desde Damasco²³.

Las misiones ilegales (según el derecho del país de que se trate y el derecho internacional humanitario) son raras en MSF, ya que, por un lado, dependen estrechamente de configuraciones políticas singulares y, por otro, la asociación aspira a mantener una relación cordial con los Gobiernos, condición que por lo general es necesaria para maximizar los servicios prestados. Sin embargo, por el simple hecho de que diversas organizaciones de ayuda han logrado implantarse en regiones sirias bajo la égida de grupos de opositores, el observador entenderá que, para el CICR, Damasco realiza loables esfuerzos humanitarios, mientras que, por el contrario, la oposición debe ser llamada a respetar el derecho internacional humanitario. Al señalar esta asimetría, lo que se discute no es la acción del CICR, sino su discurso acerca de esta y, por lo tanto, el sentido político que le otorga. Sin duda es allí, en el sentido político que se atribuye a la acción, donde reside la diferencia esencial entre las dos organizaciones. Para MSF, en la medida en que se volvía pensable — porque era posible— instalar una misión médica en una parte de la rebelión, *había* que hacerlo, pues solo hay que contemplar ciertas cuestiones prácticas (acceso autorizado por un país vecino, existencia de una zona liberada, identificación de asociados creíbles) para instalar, si se la considera útil, una misión médica ilegal. Por el contrario, desde el punto de vista de MSF, decidir privilegiar el diálogo con las autoridades legítimas para trabajar desde las zonas gubernamentales implicaría un legitimismo al que MSF se niega, o bien una decisión política por defecto, y no una simple opción pragmática. Las limitaciones institucionales, así como los problemas de seguridad y las modalidades operacionales, son específicos y deben tomarse en consideración para comprender esta diferencia de postura, pero no dan cuenta enteramente de ella. A ello se debe añadir las culturas particulares de las dos organizaciones, en otras palabras, la manera en la que (se) representan sus respectivas historias y en la que debaten o no, internamente y en público, sus relaciones con los poderes y las fuerzas políticas.

Durante la guerra de Libia, el CICR se instaló rápidamente en las “zonas liberadas”, decisión²⁴ notable por su carácter atípico. Aunque este modo de actuar

22 Nota del editor: para una posición del CICR sobre las cuestiones de la imparcialidad de la ayuda humanitaria en Siria, v. Pierre Krähenbühl, “There are no ‘good’ or ‘bad’ civilians in Syria — we must help all who need aid”, en *The Guardian*, 3 de marzo de 2013, disponible en: <http://www.icrc.org/eng/resources/documents/feature/2013/03-05-syria-aid-krachenbuhl.htm>. Para ejemplos de actividades del CICR realizadas a través de las líneas de frente, v. por ejemplo: “Siria: la ayuda llega a la castigada población de Homs y Harasta, resumen de actividades, 25 de octubre de 2012, disponible en: <https://www.icrc.org/spa/resources/documents/update/2012/syria-update-2012-10-25.htm>; “Siria: la asistencia llega al casco antiguo de Homs”, comunicado de prensa, 4 de noviembre de 2012, disponible en: <https://www.icrc.org/spa/resources/documents/news-release/2012/11-04-syria-homs.htm>; “Siria: la situación humanitaria es catastrófica”, conferencia de prensa, 19 de febrero de 2013, disponible en: <https://www.icrc.org/spa/resources/documents/press-briefing/2013/02-15-syria-humanitarian-situation.htm>.

23 Entrevistas del autor con varios miembros del CICR, principios de noviembre de 2012.

24 Nota del editor: el CICR busca, por el contrario, intervenir lo más cerca posible de las víctimas en todos los contextos de conflicto donde trabaja y en conformidad con su misión. Así, numerosas operaciones recientes demuestran que el CICR opera de cada lado de las líneas de frente. Para más información sobre cada una de las operaciones del CICR, v.: “El CICR en el mundo”, disponible en: <https://www.icrc.org/es/donde-trabajamos>.

se haya instituido bajo la égida de la Cruz Roja de Biafra, la cual adoptó este camino siguiendo a las organizaciones cristianas, se ha vuelto una marca de identidad para MSF y una excepción para el CICR. Este modo de proceder, simbólicamente significativo para MSF, porque está en relación directa con el relato de sus orígenes, expresa la manera en que la asociación se considera más útil en determinadas situaciones de guerra, lo que justifica los importantes recursos que se le asignan. Sin embargo, más allá del contexto sirio, en situación de guerra como en tiempo de paz, MSF asigna sus recursos según criterios sujetos a la misma interpretación flexible de los principios y se presta al mismo cuestionamiento ético que el CICR. Declararse imparcial es enunciar una intención válida, pero que de ninguna manera informa sobre el contenido de la acción.

Actuar y denunciar

En cambio, la cuestión de las denuncias públicas de las atrocidades cometidas por los beligerantes se plantea de otra forma, como hemos visto respecto de la tortura y los ataques contra los centros de salud. Sin embargo, estamos lejos de una oposición franca. Más propensa que el CICR a emprender esa vía por las razones que hemos expuesto al comienzo de este artículo y porque no tiene que respetar la obligación de la confidencialidad, MSF se arriesga menos, en efecto, que en el primer periodo de su existencia, en especial debido a que el activismo antitotalitario que subyacía a sus denuncias públicas durante los años 1970-1980 dejó de ser pertinente cuando terminó la Guerra Fría; pero también porque se puso más el acento en el análisis crítico de las formas de instrumentalización estratégica de la ayuda en el contexto del neointervencionismo liberal de los años 1990-2000. En esas nuevas situaciones de conflicto, la crítica de la retórica humanitaria y de los socorros utilizados con fines contra-insurreccionales prevalecía sobre la denuncia de los crímenes revelados por la prensa y las ONG de derechos humanos, en particular *Human Rights Watch*, infinitamente más activas que antes en los conflictos armados. Rompiendo con su “wilsonismo” de los orígenes, MSF fue acercándose poco a poco al “dunantismo”. ¿Hasta confundirse con él? Es lo que a veces podemos pensar, lamentablemente para una parte significativa de MSF, y lo que en todo caso impide establecer una distinción clara entre las dos organizaciones sobre ese punto. Sin embargo, si hubo un episodio reciente de la historia que suscitó muchas críticas dentro de MSF fue el silencio del CICR frente a los abusos de Abu Ghraib²⁵: muchos miembros de MSF, incluido el autor de estas líneas, pensaban que el propio CICR era causante de la “fuga” de su informe sobre las prisiones iraquíes. Fue una gran decepción cuando se supo que la información provenía de un empleado de la administración de Estados Unidos, puesto que aquello que veíamos como la construcción de una relación de fuerzas políticas resultó ser finalmente solo un accidente en el camino. “Estamos presentes en más de 70 países y visitamos a más de 460.000 detenidos. Es nuestra misión. Si comentáramos públicamente cada una de nuestras

25 El “escándalo de Abu Ghraib” estalló en mayo de 2004, cuando se difundieron fotografías tomadas por soldados estadounidenses que mostraban los malos tratos que infligían a prisioneros iraquíes.

visitas, perderíamos el acceso a los prisioneros”, precisaba entonces el portavoz del CICR²⁶. No caben dudas, pero podemos suponer que la difusión de las fotografías y la revelación del contenido del informe, por vías indirectas que habría podido tomar discretamente el CICR, habrían incitado vivamente a los dirigentes estadounidenses a tomar medidas urgentes, beneficio nada despreciable para las víctimas. El riesgo de dar lugar a posteriores trabas al acceso que acarrearían semejantes prácticas debe sopesarse con la recuperación de crédito público y, por lo tanto, con la fuerza de negociación ulterior que podría suscitar. Ese es, al menos, el cálculo de riesgo político de nuestra preferencia, defendible en el contexto mencionado.

Aquí también, evitaremos dar un alcance general a esta crítica, ya que los márgenes de maniobra de los operadores humanitarios en materia de denuncias públicas son, como hemos dicho, muy limitados. En Siria, al trabajar bajo la égida de organizaciones vinculadas a la oposición, MSF no tiene una libertad de movimiento y de expresión significativamente mayor que el CICR. Ambas organizaciones pueden sostener con todo derecho que el trabajo de información que llevan a cabo las organizaciones de defensa de los derechos humanos y la prensa levanta en gran medida toda hipoteca moral que pueda pesar sobre su presencia —según la parábola del CICR en Auschwitz mencionada más arriba—, en la medida en que no son cómplices de una disimulación, ya que la realidad de la violencia y las masacres es conocida por todos. No obstante, con esto vemos que la “estricta independencia” que dicen tener los “dunantistas” debe entenderse no como una posición ilusoria de soberanía sobre su propia acción, sino como la búsqueda de un espacio de negociación, como la búsqueda de compromisos aceptables²⁷.

¿Qué hay después de los principios?

MSF y el CICR de hoy se asemejan en sus orígenes, su cultura de la acción en las situaciones de conflicto armado, su presupuesto y su abierta preocupación por mantener distancia respecto de las intenciones políticas de las distintas fuerzas que intervienen en los terrenos donde ambos operan. Su relación, asimétrica y ambivalente durante los primeros veinte años de vida de MSF, se reforzó a partir de los años 1990, en especial después de la guerra de 1994 en Ruanda, cuando ambos organismos—MSF trabajando bajo la bandera y la autoridad del CICR en Kigali—denunciaron el genocidio que estaba teniendo lugar. Hoy, cada una le concede a la otra, en un gesto de valoración mutua, la condición de rasero según el cual se miden otras acciones humanitarias. Si bien algunas de sus actividades desmienten esa condición, no deja de ser cierto que sus sostenidos esfuerzos por mejorar la calidad y la eficacia de sus operaciones les permiten reivindicar la posición de líderes. Y ello, a riesgo de volverse ciegas a sus errores o a los efectos perversos de su acción.

26 “Tortures en Irak: le CICR avait averti Washington”, *Swissinfo.ch*, 6 de mayo de 2004, disponible en: http://www.swissinfo.ch/fre/archive/Tortures_en_Irak:_le_CICR_avait_averti_Washington.html?cid=3891812.

27 Para una reflexión en contexto sobre la negociación humanitaria, v. la mayoría de los capítulos de C. Magone, M. Neumann, F. Weissman, nota 8.

Partiendo de una acción fundada en principios ético-jurídicos comunes— la neutralidad, la imparcialidad y la independencia—, las dos organizaciones despliegan sus actividades según modalidades a veces vecinas, a veces alejadas, y ponen de manifiesto en esas variaciones todos los posibles que abarca su “moral mínima”, según la expresión del filósofo Michael Walzer²⁸. La tarea de comparación que se nos ha confiado no está acabada, pues requiere, en nuestra opinión, un examen exhaustivo de programas comparables implementados en un mismo contexto, lo cual reduciría el análisis a la evaluación de una operación singular. Por más interesante que pueda ser, hemos dejado de lado este ejercicio en beneficio de una reflexión sobre los principios comunes destinada a poner de manifiesto la elección de posturas diferentes, aunque derivadas de una referencia idéntica. La “justicia distributiva del tiempo de guerra²⁹”, razón de ser y fundamento de legitimidad de ambas organizaciones solo les da la ilusión de tener un idioma común, el de los principios compartidos, que nunca se cansan de hacer valer. Lejos de preconizar que se abandonen directamente dichos principios—pues su función de brújula es muy valiosa—, sostenemos que hay muchas otras consideraciones, provenientes de culturas políticas y operacionales diferentes, que intervienen en los procesos de decisión. Como la brújula no puede indicar el relieve, solo sería capaz de trazar un “camino humanitario correcto” improbable y azaroso. Ni la acción ni la imagen de MSF y el CICR se beneficiarían si fueran confundidas una con la otra, así se tratase de las modalidades de su intervención pública o de sus posiciones en el terreno. Lejos de pretender acercarse en la búsqueda de una imagen de la otra en espejo, ambas organizaciones deben trabajar, así como sus homólogas, a fin de lograr una mayor coherencia interna y utilidad práctica. Por último, si la valoración de la reflexión crítica y el debate interno es una particularidad de MSF presente en sus distintas secciones, prácticamente no existe del lado del CICR. Ese es un fuerte contraste entre ambas organizaciones.

28 Michael Walzer, *Morale maximale, morale minimale*, Bayard, París, 2004.

29 Íd.

